

**editorial****Humanismo
y
Universidad**

La Universidad es la expresión institucional más elocuente de lo que puede llegar a ser la espiritualidad de un sistema socio-económico de convivencia. En su carácter de institución de cultura fermentan en su seno las más puras inquietudes, que cargan sobre sus hombros las nuevas generaciones, y templa, al choque con la experiencia y el conocimiento acumulado, los talentos que habrán de incorporarse con renovado empuje al constante flujo del devenir social. La Universidad recoge, acrisola y difunde en el campo de la vida la potencia germinadora de un pueblo. Para hacerlo debe permanecer alerta a las múltiples formas en que se expresa su capacidad creadora.

Si pensamos que la Universidad es la que da forma a la disposición de los hombres para renovar sus fronteras culturales, no podemos dejar de preguntarnos sobre aquello que limita a los hombres, sobre aquello que los hace aceptar falsas fronteras y sobre la posibilidad real que tiene para impulsar la renovación de estos límites impuestos al hombre como naturales.

La Universidad no solamente recoge y difunde cultura, sino que hace cultura. Esto quiere decir que debe estar profundamente enraizada en la realidad más profunda, donde se contienen los elementos dinámicos del devenir histórico que van forjando la cultura paralelamente a las nuevas formaciones histórico-sociales. Si la Universidad busca en la realidad la verdad no puede soslayar su responsabilidad de crítico, y como resultado de ello su misión de traducir en conducta orientada a la conciencia abierta que ha contribuido a formar. Porque no hay verdad nueva que no exija una conducta nueva, y no hay conducta nueva que no exija una moral diferente.

Por eso, al asumir su carácter de institución de cultura contrae una responsabilidad mucho más combativa y polémica, pero la más bella y fecunda de todas las responsabilidades de la inteligencia, como es la de traducir las nuevas verdades en metas de vida, en principios de convivencia. Pero no en

aquellos que recibimos anquilosados por simple inercia del pasado superado, sino de los que surgen de una lúcida actitud de conciencia. El desarrollo de esta clarividencia intelectual y su concreción en principios de conducta caracteriza el verdadero humanismo de la Universidad.

Hacer cultura es tomar conciencia crítica del momento que vivimos y moldear con esta nueva conciencia una visión integradora de las verdades que nos rigen, destruyendo las ilusiones con que nos arrebozamos para escabullirnos de la historia. Es tomar la cultura como forma de vida plena, aunque transitoria, y por lo tanto comprender al hombre proyectado hacia lo nuevo, enlazándolo con la vida de manera abierta, dinámica, fecunda, con auténtica alegría.

Todo lo dicho nos exige una Universidad diferente, aunque decirlo involucre remitirse a un lugar común. Lo nuevo, a nuestro juicio, reside en que la Universidad asuma conscientemente la responsabilidad de que a la verdad de la ciencia debe unirse una moral de vida diferente. Es incompatible con la realización del hombre no armonizar las revolucionarias concepciones de la ciencia de nuestro siglo con una conciencia social e histórica creadora y lúcida. No podemos pretender que sea un auténtico hombre renovado quien junto con el "saber hacer" de la era atómica se revista de una conciencia social anaerónica o deformada por los más burdos embustes ideológicos.

El hombre universitario es aquel que está poseído por un afán de dominación racional de la naturaleza o de la sociedad, en incansable búsqueda de la verdad objetiva o de la armonía oculta, pero capaz siempre de volver desde el más remoto objeto de estudio, y de análisis, o de la más pura creación artística, a la muy carnal y tremenda verdad de su momento histórico. Este proceso es el que define lo más auténtico de la creación humana. Quien desde las más altas esferas de la ciencia o de la estética no sepa regresar a la concreción del individuo y de la historia, o sea, quien no sea capaz de integrar su capacidad analítica o su vocación artística con una madura conciencia social e histórica, ese hombre es un alienado, y, por lo tanto, no es cabalmente un hombre universitario.

La unión de la tan frecuentemente alucinante conciencia científica y estética con una perentoria vocación histórica nos define el humanismo crítico y realista de nuestra época. Un científico capaz de ser crítico social, un artista capaz de comprender las bellezas de la ciencia y los designios de la época, un científico y un artista que se mueven bajo el imperativo inexorable de la dinámica social. Esta formación y esta disciplina caracterizan el humanismo de nuestra época, y corresponde a la Universidad impulsarlo.

Nuestro humanismo es la expresión, no por embrionaria menos iluminadora, de una sociedad que está lúcida de sí misma. Nunca como en nuestro siglo el hombre ha estado en posesión de instrumentos intelectuales más potentes para interpretar y saber lo que acontece. Nuestra época es la era de la conciencia creciente sobre la naturaleza, la sociedad y la intimidad psíquica. Hay en los diferentes procesos de la realidad una tendencia integradora de conocimientos que se manifiesta en la revisión sistemática de los ya adquiridos y en la apertura de nuevos horizontes. Pero esa transformación de nuestras relaciones intelectuales con el mundo exterior, cada vez más claras, más reales y objetivas, y, por lo mismo, más totales, se expresa en una nueva actitud frente a la ciencia, en cuanto se la comienza a vincular con exigencias de conducta. En realidad, cuando la verdad deja de ser un mero objeto de análisis y se transforma en un elemento de acción experimenta una transformación hacia lo ético. Decir que la relación de la ciencia con la verdad tenga este carácter significa, en otras palabras, que el hombre al acentuar sus posibilidades de acción se plantea alternativas entre las cuales debe elegir según juicios de valor. Todo este proceso de opciones adquiere sentido real cuando se

le vincula con la historia y la sociedad en la que el hombre vive, pues es ésta finalmente la que condiciona las alternativas y las posibilidades de elección.

La ciencia adquiere sentido en función de la verdad, pero ésta toma su sentido de la sociedad que puede utilizarla. De ahí, entonces, que el desajuste producido entre las tremendas posibilidades de acción sobre la naturaleza y la incapacidad de elegir adecuadamente el uso de la verdad tenga como corolario la urgencia del hombre por aumentar su conocimiento del mundo histórico, aquel que está exigiendo una preferencia y un sentido a la acción hecha posible en base de las ciencias naturales.

Como reflejo del bello y tenebroso infinito abierto por el conocimiento de la naturaleza, el hombre busca protegerse de su faústica orfandad frente al universo volviéndose hacia el mundo histórico para acometer su dominación racional. Este nuevo esfuerzo para equilibrar sus conocimientos y sus posibilidades de transformación, nacido con un retraso de siglos, alcanza en nuestra época el carácter de esfuerzo consciente y sistemático a través de la consolidación y desarrollo del método dialéctico, que sin duda revolucionará, con una proyección inimaginable, a todas las ciencias sociales existentes.

La circunstancia de que la necesidad de acción emanada del conocimiento natural hiciera necesario un conocimiento sistemático de la sociedad, que sirva de fundamentación a las alternativas y prioridades, es ilustrativo de que más allá del afán cognoscitivo nos enfrentamos con una necesidad ética: recuperar al hombre como totalidad.

¿Por qué relacionar un problema ético con otro de conocimiento? Decíamos que el sentido de la ciencia es la verdad, pero que ésta encuentra su sentido y justificación en el empleo de que la haga objeto la sociedad. Por ello, cuando asentábamos la relación entre el conocimiento natural y social en las mayores posibilidades de acción incorporábamos al hombre como elemento decisor. Como sujeto de acción este es siempre un problema ético, con la particularidad de que su dominio sobre la naturaleza encuentra sólo justificación en la acción social. Para poder visualizar la integración de las verdades acumuladas es preciso que el hombre no se desdoble y se conserve en plenitud. Que su conducta social sea lo suficientemente consciente para guardar armonía con la otra sobre la naturaleza, porque en la medida que el hombre adquiera más conciencia sobre los procesos sociales menor será el peligro de enajenación de su dominación sobre la naturaleza, de ver convertida la ciencia en un demiurgo enloquecido.

Este es el sentido último de la unión entre conciencia científica y conciencia social: saber que el ser humano depende de su control sobre la naturaleza, pero que este control adquiere valor sólo cuando el hombre puede tomar conciencia de que los procesos históricos condicionan el empleo que se haga de la naturaleza. Aprender las verdades de la ciencia desde esta perspectiva y formular principios de convivencia a partir de esas verdades, en eso consiste el humanismo de nuestra época.

De caracterizarlo en breves rasgos diremos que es realista, crítico y social.

Es realista, para oponerlo a subjetivista, porque se sostiene en la verdad objetiva, que constituye la única relación profunda y verdadera con la realidad histórica y natural, antes que en una libertad subjetiva que no hace sino aumentar el sojuzgamiento del hombre a las determinaciones naturales y sociales; es realista porque no se limita a enfatizar las posibilidades inmensas que la razón humana tiene para abrirse paso frente a lo desconocido, sino que expresa la conciencia de su plena realización.

Es crítico, para oponerlo a equilibrio sereno, porque no se limita a una exaltación de la verdad, sino que expresa el deseo de unidad objetiva entre razón y

realidad dentro del concepto del hombre como totalidad plena, aunque cambiante; es crítico porque es un humanismo "trágico" en el sentido que ha hecho suya la noción de cambio, de que todo está acabado y por hacerse, que todo es y no es, que el hombre siempre llega a un límite que es sólo un comienzo. Por primera vez la dialéctica de la historia toma forma de un imperativo moral: el hombre es lo que supera, como ha dicho alguien.

Es social, para oponerlo a individualista, porque sustituye la noción abstracta de individualidad por el concepto de hombre histórico; es social porque desarrolla nuestra comprensión de que el sentido último de todos los valores, el que resume a todos, es el modo de convivencia; es social porque el conocimiento de la naturaleza, de la historia y de la psicología que no puedan configurar un destino mejor para el hombre terminan por desvanecerse en el espacio abierto de la metafísica.

Apropiarse, entonces, de los conocimientos, integrarlos en una conciencia social despierta y traducirlos en una forma nueva de vida constituye el sello de nuestro humanismo.

La Universidad, al servicio de la ciencia y de la sociedad, no puede permanecer ajena a su papel de modeladora de estos hombres de su tiempo. Para ello, la Universidad misma, orgánica e institucionalmente, debe estar a la altura de su tiempo.

Z.